

MELANCOLÍA

Miguel Vargas Román

MELANCOLÍA



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Vargas Román

ISBN: 979-13-990968-6-6

ISBN digital: 979-13-990968-7-3

Depósito legal: M-17379-2026

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*Para Angella, Sofía, Dominga y Pilar,
por su amor y apoyo incondicional*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Las distancias no existen para el crimen, y menos si son tan demenciales como las que asolan barriadas humildes de Santiago de Chile.

Todo empieza con una adolescente destripada y una madre rota de dolor, a quien el policía Pedro Abelardo, encargado del caso, promete atrapar al autor del crimen.

Lo que siempre se suele decir.

Pero, en el caso de Abelardo, es una obsesión que no lo abandonará.

Hace cinco años tenía un futuro brillante en Asuntos Inter-nos, pero su inflexibilidad profesional era, quizás, la otra cara de su vida íntima, y un romance con la mujer de un poderoso empresario acabó relegándolo durante un lustro a un rincón perdido de Chile.

Ahora está de vuelta en la capital, listo para recuperar el tiempo perdido.

Pero las pistas conducen a personas poderosas en la nueva sociedad chilena. Las muertes se multiplican y Abelardo siente que el asesino se le escapa de las manos una y otra vez.

Es un policía singular, aferrado a la legalidad, quizás para negar el pasado guerrillero de su padre, quien, al regresar al país con la democracia, en lugar de buscar un acomodo plácido en política, como sus compañeros, se sumergió en el alcohol.

El hijo asiste, sin demasiado dolor, a la lenta autodestrucción de su padre; lo mantiene, pero no habla con él.

Quizás esa soledad emocional lo lleva a refugiarse en el trabajo.

Cuando los crímenes cobran notoriedad, el policía debe enfrentar a un ambicioso fiscal que busca labrarse un futuro político complaciendo a los sectores que siguen decidiendo en Chile, gobierne quien gobierne.

Un protagonista con futuro

El personaje de Pedro Abelardo, surgido de la novela anterior de Miguel Vargas Román, *La primera puerta del espanto*, adquiere aquí un protagonismo absoluto, con sus contradicciones permanentes. Melómano y apasionado de la filosofía, empieza a superar un amor imposible que acabó con su carrera y con su felicidad.

Y como suele ocurrir justo cuando está a punto de hacerlo, reaparece en su vida la mujer de la que lleva años enamorado, aunque sospecha que para ella solo es un capricho y poco más.

Esta novela nos permite asomarnos a la sociedad estratificada de un Santiago de Chile en el que los extremos están muy marcados, dadas las similitudes que guarda con la de cualquiera de nuestras sociedades occidentales. No obstante, se respira el ambiente de la ciudad: el *esmog*, la belleza de los atardeceres, el tráfico infernal y la gente que intenta crear su propio remanso en la corriente implacable de la capital.

Además de una sólida intriga policial que atrapa, en esta novela de Miguel Vargas Román encontramos personajes poderosos, a los que sin duda volveremos a encontrar en futuros libros. En especial, Inostroza, ese policía siempre cerca del poder, casi la antítesis de Pedro Abelardo. Proclive a las com-

ponendas políticas, con métodos arcaicos y una concepción de la vida más próxima a la de los delincuentes que a la de un policía, fue el artífice de la caída de Abelardo hace cinco años y ahora reaparece en su vida, no se sabe si para terminar de hundirlo o para ayudarlo.

Como en toda buena novela negra de los últimos 25 años, la intriga está presente, la trama social se entreteje, sin resultar aburrida ni moralizante, y la psicología de los personajes los hace familiares, pero alejados de los tópicos.

Las contradicciones eternas

Nadie es un santo.

Pedro Abelardo quería, pero no puede.

Jamás se dejó comprar, pero añora el tiempo en que su carrera parecía encaminada hacia la cima. Esta segunda oportunidad no será la única tentación que deberá afrontar.

Ahora es un hombre entre dos mundos, y no puede confiar en ninguno de ellos.

Mención aparte merece la mentalidad del asesino, a la que nos vamos asomando lentamente, y el firme manejo de una trama que, sin golpes bajos, atrapa al lector con su intriga, y al final del libro lo deja reflexionando sobre su propio pasado, sus propios horrores y sus propios fantasmas.

CARLOS SALEM

Con la Belleza habita, Belleza que es mortal.
También con la alegría, cuya mano en sus labios
siempre esboza un adiós; y con el placer doliente
que en tanto la abeja liba se torna veneno.
Pues en el mismo templo del Placer, con su velo
tiene su soberano numen Melancolía,
aunque lo pueda ver solo aquel cuya ansiosa
boca muerde la uva fatal de la alegría.
Esa alma probará su tristísimo poder
y entre sus neblinosos trofeos será expuesta.

JOHN KEATS
Oda a la Melancolía

Contó con atención los espasmos del cuerpo. La piel parecía una superficie de mármol a punto de quebrarse. La acarició anhelante. Comprobó la respiración. Se apagaba.

Tenía que contenerse.

Frenó la mano que empuñaba el cuchillo, sin sacarlo de la herida. La sangre escurrió por los bordes de la mesa hasta un balde de acero que la recogía.

No podía permitirse una torpeza y echar a perder ciento veinte horas de trabajo.

Rasgó la carne con precisión.

No debía morir aún, no sin revelar lo que necesitaba.

Observar el rostro contraído por el dolor no le provocaba placer. Los gritos y súplicas, ya débiles, retumbaban en su cabeza. Reparó nuevamente en la juventud de su víctima.

Sacudió la cabeza.

No podía distraerse.

Se acercó.

Vio su cara reflejada en los ojos de ella e imaginó lo mismo en los suyos, la reflexión infinita de dos espejos enfrentados.

«Quizás no lo consiga», pensó con agobio.

Se concentró una vez más en la mirada.

En unos instantes, las pupilas se dilatarían y su esfuerzo sería estéril.

Notó que algo cambiaba.

Su corazón retumbó con ansiedad.

Miró con cuidado para asegurarse.

Estaba en lo correcto: finalmente, en el rostro de la niña, había surgido la melancolía.

Entonces, rápido y con fuerza, hundió el puñal.

PRIMERA PARTE

El comisario Pedro Abelardo conduce su Hyundai Tucson a través de una ciudad formada por capas, como en esas excavaciones arqueológicas que separan eras y civilizaciones en pocos metros. En Santiago no es necesario: todo sigue a la vista y horizontal, para mayor contraste.

Su superior, la prefecta Maricela Benavides, le informó, hace poco menos de media hora, del hallazgo de un cadáver en Puente Alto. Su jurisdicción.

El trayecto desde Providencia, donde vive, le toma cuarenta y cinco minutos.

A medida que avanza, observa cómo cambia el paisaje urbano en la zona sur de la ciudad. Los edificios se vuelven pequeños y descascarados, cubiertos de murales sobre reivindicaciones sociales o barras bravas. El verde de los jardines es paulatinamente reemplazado por el árido café de la tierra. El tren subterráneo se atreve a salir a la superficie, pero, por si acaso, se aleja de los peligros de las calles encumbrándose sobre rieles colgantes.

De vez en cuando, se ven condominios de casas pequeñas, pintadas de tonos pastel, rodeadas de muros alambrados. Y un poco más allá, bloques de viviendas sociales hasta cubrir el horizonte.

Al llegar, ve que los de Medicina Criminalística ya comenzaron su trabajo.

—Es horrible —dice antes de saludarlo Cristina Rojas, la forense—. Apenas era una adolescente. Pobre niña.

Sin responder, Pedro se acerca al cadáver.

Cristina no exagera: es una escena horrible.

Han abandonado el cuerpo desnudo sobre el terreno pedregoso rodeado de basura. Un corte longitudinal desde el tórax hasta el vientre. Los órganos internos han sido removidos. La mirada clavada en el cielo parece buscar una explicación a la violencia de la que ha sido víctima.

—¿Cuánto lleva tirada aquí? —pregunta a nadie en particular.

—Es difícil precisarlo, debe llevar unas diez horas muerta —arriesga Cristina.

—¿Alguna pista de su identidad?

—Nada.

—Habrá que preguntar a la Brigada de Ubicación de Personas.

Está a punto de agregar algo, pero el grito de una mujer lo interrumpe:

—¿Es mi hija? ¡Necesito saber si es mi hija!

El lamento brota de entre un grupo de curiosos. El comisario suelta un juramento y pide a los carabineros que acordonan el lugar que la retengan.

—Si de verdad es la madre, no podemos permitir que la vea así —le dice a Cristina y apresura el paso en dirección a la mujer.

Dos carabineros intentan sostenerla, con poco éxito. Ella forcejea con un ímpetu inesperado para su pequeño cuerpo.

—Señora, por favor, cálmese —dice Pedro mientras apoya las manos en sus hombros—. Todavía no sabemos de quién se trata y no podemos dejarla pasar —la mujer no lo escucha, solo grita que es su hija, que puede sentirlo—. Respire hondo,

señora. Así —lo hace varias veces y la mujer lo imita, se calma poco a poco—. Dígame, ¿por qué piensa que puede ser su hija?

Ella lo mira con los ojos hinchados por el llanto.

—Mi Teresita lleva cinco días perdida.

—Eso no significa que se trate de ella —contesta.

Un creciente número de fisgones los rodea.

—¿Quién más puede ser? —una nueva oleada de sollozos la ahoga.

Pedro la acompaña a uno de los automóviles de los carabineros. Le trae un vaso de agua, una manta y le pide más datos acerca de ella y de su hija.

Magdalena Rebolledo Rebolledo es su nombre y Teresa Cáceres Rebolledo, el de la niña. El padre, un adicto a la pasta base que la golpeaba y que las abandonó hace mucho. Su hijo mayor murió por una «bala loca» en una refriega entre pandillas de narcotraficantes. Teresa tiene dieciocho años y aún está en el colegio. En las tardes ayuda a su madre en el pequeño almacén familiar.

Pedro pregunta si tiene una fotografía de la muchacha.

Con manos temblorosas, Magdalena le enseña una que guarda en su móvil.

El policía no necesita mirarla dos veces: el cadáver es el de Teresa.

La madre descifra la expresión del detective y llora y gime con tanto dolor que Pedro se estremece. La abraza hasta que una oficial de los carabineros se acerca y le dice que ella se hace cargo.

Él regresa hasta donde se halla el cuerpo de la niña.

—A veces este trabajo es una mierda.

—¿A veces? —pregunta con sorna Cristina.

Asiente y se acerca al equipo de Criminalística.

—¿Alguna conclusión?

—Hay cosas llamativas. Primero, el corte es preciso, se hizo con un instrumento muy afilado, probablemente un escalpelo. Segundo, la evisceración también fue muy pulcra. Me atrevería a decir que quien lo hizo tiene conocimientos médicos.

—No es poco. ¿Cuánta gente habrá en Santiago capaz de hacer una autopsia?

—Demasiada.

—Veré si la madre se ha tranquilizado un poco, para tomarle declaración.

El comisario camina hacia su auto frotándose las manos. El frío seco del invierno santiaguino le cala hasta los huesos. Fuma mientras mira a su alrededor. La masa de curiosos sigue creciendo y parece a punto de sobrepasar el cerco policial para ver más de cerca los restos mutilados. Toca el arma en su cintura. Se calma. Aplasta el cigarro y baja en busca de Magdalena. La oficial que estaba con ella le comunica que ya se encuentra en la Comisaría.

Regresa al auto. Un hombre, embutido en un traje en el que apenas cabe, le golpea la ventana.

—¿Diga? —pregunta Pedro.

—¿Es usted el inspector Abelardo?

—Sí.

—Koldo Aguirre, fiscal a cargo de la investigación.

Se dan la mano, un apretón blando, sin fuerza. Pedro le da una rápida versión del asunto. Mientras habla, el fiscal lo mira con ojos inexpresivos.

—Muy bien, Abelardo —aprueba sin entusiasmo Aguirre, acodado en el marco de la puerta. A pesar del frío, suda. Saca un pañuelo saturado de perfume y seca las gotas que le bajan por la frente—. Mañana espero su informe a primera hora.

Pedro no alcanza a responder. El fiscal ya camina hacia donde está el cadáver.

—Imbécil —dice antes de echar a andar el motor.

Conduce tratando de no pensar en la mirada ciega de Teresa. No lo consigue.

En pocos minutos arriba al cuartel de Carabineros.

La madre está más calmada pero aún en *shock*. La estudia antes de hablar con ella. No debe tener mucho más de cincuenta años. Su baja estatura resalta una tendencia al sobrepeso que en una mujer más alta se habría disimulado. Viste de manera sencilla, sin vanidad. Sus manos son gruesas y ásperas. El rostro está surcado por arrugas prematuras.

Se sienta a su lado y le explica que tendrá que ir al Servicio Médico Legal para reconocer formalmente a Teresa. Magdalena le dice que ya sabe, que ya le tocó con Julián, su hijo mayor, cuando los narcos se lo mataron.

—Era buen niño, igual que la Teresita.

—¿Y si llevaba cinco días sin volver a casa, por qué no lo denunció?

—¡Claro que lo denuncié! Pero me dijeron que era mayor de edad y se habría fugado con alguno. ¿Mi Teresita? ¡Nunca!

Pedro intenta calmarla y le pide más detalles acerca de la vida de su hija, pero la mujer sigue en *shock*.

—Descanse, podemos hablar más tarde.

Magdalena asiente agradecida.

Tendrá que seguir indagando. Se despide y sale de la comisaría para encender un cigarrillo. Mientras fuma, cuenta los agujeros de bala en la fachada del edificio. Hace unas semanas, una turba la atacó tras el atropello de un manifestante por parte de un automóvil policial.

—Los narcotraficantes aprovechan cualquier excusa para avanzar en el territorio —murmura.

Suena su teléfono.

Otra llamada de su superior. La Fiscalía comenzó la investigación. Le confirma que han solicitado que ellos, la Policía de Investigaciones, se hagan cargo en lugar de Carabineros. La vieja rivalidad entre ambos cuerpos policiales se inclina esta vez a su favor.

—El fiscal designado se llama Koldo Aguirre.

—Ya tuve el placer.

—¿Pasó algo? —pregunta la prefecta al notar el sarcasmo en la voz de Pedro.

—Nada, tranquila. El fiscal no me importa. Solo quiero atrapar a quien hizo esto.

Antes de colgar le da las gracias a su jefa.

Ignora lo que esa simple decisión administrativa significará para su vida.